

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Oimos algunos murmullos ahogados. (Pág. 330, col. 2.ª)

SUMARIO.

- EL ENANO DEL REY DE POLONIA, por M. Roger de Beauvoir.
- EL POSADERO DE ALDEA, MAESE GANSENDONCK, por E. Conscience.
- BIOGRAFIA DEL GENERAL ESPINASSE.
- LA CIENCIA PARA TODOS.

EL ENANO DEL REY DE POLONIA,

por M. ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion.)

En aquel escrito, que era una verdadera sumaria dirigida contra el conde Etzel, el desgraciado jóven revelaba á la justicia de los hombres secretos horrosos que solo sabia la justicia divina. Al leer aquellas revelaciones inauditas mas de una vez se oscurecieron mis ojos, temblaron mis manos y mi corazon se llenó de angustia. Era un espantoso resumen de toda la vida del conde Etzel, un reflejo sangriento de sus crueldades, vicios y venganzas.

Y habeis de saber, querido Leopoldo, que el conde Narski era por su desgracia un fiel historiador, pues el veneno era el arma de que el conde Etzel se habia servido para ale-

jarle, no uno de esos venenos sutiles que tocan y matan como el rayo, sino un tósigo de dos años y que Catalina hubiera pagado á precio de oro á un judío ó á un privado.

Cuando el pobre jóven halló á Irma en Moscou no sospechaba un plan de venganza tan odioso, pues fué recibido con obsequio por el mismo Etzel y pudo ver de cerca á la desgraciada jóven que debia ser su esposa. Irma no halló otro medio de librarse de la deshonra que el de dar la mano á su bárbaro raptor; entregarse á Dios le parecia casi un crimen despues de haber sido mancillada por aquel cobarde, y la casa del conde la recibió en vez de un convento. ¡Horrible morada, Leopoldo! ¡Cárcel cercada de sombras y silencio!

Tranquila en la apariencia y dueña de su corazon, Irma se sometió no obstante, y entregó su cuerpo á su tirano ó mas bien á su verdugo, no reservándose mas que el alma.

— Con el auxilio de Dios, decia, llevaré á cabo mi sacrificio.

Y ella lo ha llevado ya sin duda á cabo, Leopoldo, porque al espirar me anunció el conde Narski que ella tambien se moria.

Es cierto; segun una carta de la hermana de la condesa escrita en Viena...

— ¿En Viena? dijo Leopoldo interrumpiendo á Estanislao; si, yo me encontraba allí hace dos años. Se hablaba en efecto de la muerte de la condesa... Y lo cierto es que des-

de entonces no se han tenido mas noticias de ella. Señor, todo lo que os dijo el conde Narski es sobrado cierto; la condesa Irma es una mártir, un ángel... No le faltaba mas que el honor de haber salvado á V. M. ¡Noble y digna jóven! añadió el señor de Arveines acercándose al retrato con una luz en la mano; si; esas son tus facciones delicadas y hermosas, si; yo te reconozco en esa imagen lo mismo que en los latidos de mi corazon! Eras muy jóven entonces... y hoy tu país no posee siquiera la mortaja en que te habrá envuelto tu verdugo. ¡Ah! si el conde Etzel llegase algun dia á la corte de Francia! Si el soplo de la justicia divina ó el vértigo le empujasen hasta aquí! Pero solo Dios tiene derecho de castigar; y no obstante...

Leopoldo de Arveines quedó sumido en profunda meditacion. Habia llegado á la edad de las locas pasiones, pero una sola llenaba su corazon, y la ausencia no habia disminuido la adoracion de sus recuerdos. Hervia en él aquel orgullo sagrado del amor que no permite á los que lo consideran como un sacerdocio el enlazarse ni por un instante siquiera con pensamientos ajenos á la pasion que les domina.

Estanislao habia observado mas de una vez su abatimiento prematuro, pero sabia igualmente que la flor vuelve á levantarse con un poco de agua y que el cielo mas oscuro se ilumina con un rayo del cielo.

Mientras Leopoldo contemplaba el retrato, el rey leía el billete que tenía en la mano, y volvía á leerlo otra vez cuando se oyó cerca del aposento real un gemido plañidero. Estanislao se sonrió, porque al mismo tiempo la voz de la marquesa de Boufflers repetía una antigua canción francesa, una canción de nodriza. La señora de Boufflers estaba meciendo á Bebé, primer enano de S. M. Polaca.

Leopoldo hizo un ademán de asombro.

—Es mi Bebé... mi enano. Tranquilízate, Leopoldo. El rostro del joven expresó su repugnancia.

—¿Qué tienes? ¿Te disgusta acaso Bebé? ¿Una pobre criatura recogida por unos aldeanos lorenenses!

Leopoldo no respondió hasta que Estanislao le obligó á que se explicara.

—No es nada, dijo, nada... un recuerdo tan solo. El conde Etzel tenía cerca de Cronstadt dos enanos que seguían como pajes á su esposa...

Estanislao quedó asombrado con el acento lúgubre con que Leopoldo pronunció estas palabras. Se acordó entonces como en un sueño de los dos esclavos del conde que habían arrebatado á Irma en aquella cabaña inmediata á Dantzick. La noche cubría con sus sombras el castillo de Luneville, y apenas se oían los centinelas en medio del viento y de la lluvia. Después de haber desahogado su corazón y su memoria delante del señor de Arveines, Estanislao ardía también en deseos de saber los pormenores que le había prometido darle sobre la condesa. Creía además que lo que iba á decirle Leopoldo tenía sin duda relación con la carta que tenía en la mano, porque le preguntó:

—¿Es decir que la viste en Viena hace dos años?

—Mi padre quería que continuase viajando, y no sin un secreto terror recibí el mandato de que partiese á Rusia. El capitán Elfinstone era un amigo de mi padre, con quien hice el viaje á Viena y después á San Petersburgo. Hallándome un día en el Prater de Viena ví una dama joven y de prodigiosa hermosura, que estaba acostada mas bien que sentada, en su coche. Por su aspecto lánguido, su palidez y el pomo de esencias que respiraba, conocí al instante que no había abandonado su casa para competir en lujo con las bellezas de Viena, y parecía por el contrario aspirar con delicia la brisa que exhalaban los árboles y las plantas, como si acabase de salir de un largo cautiverio.

Solo se veía á su lado en el coche una persona cuyo nombre me dijeron; era su médico el doctor Welfrid. Al verla sentí hácia ella un sentimiento de inexplicable compasión, y la expresión dolorosa de su sonrisa y las serenas y pacíficas miradas de sus rasgados ojos azules me encantaron. Había en fin en toda ella un atractivo irresistible. Pero su coche que en un principio iba al paso, lo cual me daba tiempo para admirarla, la alejó súbitamente de mi vista y me encontré solo con su imagen profundamente impresa en mi mente. Entonces supe que era la condesa Etzel.

—Hermosa dama, dije á mi compañero el capitán cuando entramos en casa; pero quedé sorprendido al ver que Elfinstone me miraba entonces con aquel aire investigador y receloso que quiere decir: ¿estais enamorado? Después su fisonomía me pareció de pronto extraña y aterrada...

—¿Conocéis á su marido? me preguntó.

—A fe mía que no le conozco, respondí; pero el caballero que iba al estribo del coche me pareció muy ridículo.

El capitán Elfinstone, en vez de responderme, me tomó del brazo y me preguntó si estaba pronto á partir para Petersburgo.

—Allí únicamente, me dijo, podré hablaros libremente del conde Etzel. En cuanto á su esposa... olvidadla. En primer lugar, ama á su marido...

Esta razón, á la cual había recurrido la lógica del capitán para intimidarme, no hizo por el contrario mas que estimular mi deseo de volver á ver á la condesa; pero hube de ceder á Elfinstone que se había constituido en mi Mentor, y ya no ví su coche en el paseo durante los tres días siguientes.

Hallábame un mes después con el capitán en Kammenoi-Ostrow, casa de recreo situada á corta distancia de la capital de Rusia, y nos paseábamos por la orilla de las islas formadas por el Petrowka, lejos de las ramificaciones del Newa, cuando ví pasar cerca de mí un barco movido por doce remeros y cubierto con un riquísimo toldo. Distinguíase en un banco cubierto con una alfombra una dama que acompañaban dos enanos. Lancé un grito al conocer á la condesa Etzel.

Volvió ella entonces el rostro para ver los jardines del conde de Siroganoff, encantador ramillete que retrataban las aguas del río, y creí oír un suspiro ahogado exhalado de su pecho. Un hombre, á quien no había visto, porque le ocultaba una de las cortinas del barco, hizo entonces seña á la condesa de que se levantase para desembarcar en los jardines; pero sea que sus rodillas le flaqueasen, sea que le ofendiese el tono imperioso de aquel hombre, la condesa continuó sentada.

Presencí entonces un espectáculo extraño. El desconocido mandó cerrar el toldo de la barca, y pocos instantes después el capitán y yo oímos algunos murmullos ahogados. Una idea cruel cruzó por mi frente; creí que el conde maltrataba á su mujer, pero el capitán me miró con sonrisa astuta y cautelosa.

—Mañana veréis á la condesa en el palacio de Lanskoï, me dijo, porque hay baile.

—Me habiais prometido contarme en Rusia algunas particularidades acerca de la vida del conde, añadí; ¿qué os detiene ahora?

Elfinstone se aplicó el dedo á sus labios misteriosamente.

—Mas os valiera ahogaros en una de las cascadas del Newa, me dijo en voz baja.

—El misterio tenebroso con que hace alarde de encubrirse el esposo de Irma de Krazinski apurará por fin mi paciencia, dije para mí, y tarde ó temprano arrancaré la máscara al infame. Me interesaba tanto la desgracia de Irma como su hermosura.

Pude acercarme á ella y hablarla en el baile del palacio Lanskoï; no me presentó el capitán sino un francés, primo del caballero de Thianges, cuya protección me mereció un recibimiento lleno de benevolencia y de gracia, y únicamente me sorprendió el que la condesa permaneciese sentada mientras duró el baile, y que su marido tuviese los ojos clavados en el caballero y en mí.

Cuando se acabó el baile me preguntó si pensaba volver pronto á Francia, y yo la miré con tal expresión de inquietud y ternura, que casi me compadeció.

—Es un país que tengo deseos de ver, añadí, especialmente desde que vive allí nuestra reina. Sois mas feliz que yo, caballero!

Creo que he dicho ya á V. M. que había en torno de aquella mujer una atmósfera de tristeza y abatimiento que llegaba hasta el corazón. Era una desesperación muda y resignada. Yo lo adiviné, mas ¡ay! entonces no sabía lo que acabais de contarme. Comprendí no obstante su abatimiento moral respecto de aquel hombre, cuya mirada me recordó la del tigre, y comprendí que su vida estaba sometida á un perpetuo sacrificio.

Irma tenía el aspecto noble y religioso que revela un gran sufrimiento, y cuando se levantó para retirarse del baile, derramé amargas lágrimas.

En aquel país donde todo el mundo habla con máscara ¿qué podía saber yo acerca de su existencia? ¿quién me hubiera contado sus tormentos ó dolores?

Volví á verla en diferentes ocasiones y siempre con la sonrisa angelical y la dulce melancolía que tan bien sentaba á su hermoso rostro.

Un día oí hablar sin embargo de los proyectos de separación que meditaba el conde. ¿Pareciale un amargo reproche la resignación de su esposa ó bien trataba de romper sus lazos para contraer otros nuevos?

Se hablaba también de los asiduos obsequios que tributaba á una dama de palacio que había dominado al conde con su astucia y su orgullo, pues poseía inmensos bienes en Pensilvania en tanto que, según rumores públicos, no estaba muy pujante la fortuna del marido de Irma.

Esta circunstancia bastaba para decidir al conde á cometer un crimen, y se resolvió á cometerlo.

Voy á explicaros cómo llevó á cabo tan vil proyecto.

El palacio que habitaba la condesa estaba situado cerca de Cronstadt, y nadie penetraba en él á excepcion de su tirano. El caballero de Thianges me ha contado repetidas veces que un día llegó hasta una de las puertas del jardín que habían dejado imprudentemente abierta al mediodía, y pudo ver á la desventurada Irma paseándose por un paraje defendido del viento y acompañada por dos horribles enanos.

La figura disforme de tan extraños pajes inspiraba odio y repugnancia; iban vestidos con unas largas túnicas con alamares y gorros de piel de zorro blanco, y aunque rayaban en los veinte y dos años de edad no tenían mas que veinte y dos pulgadas de estatura. El conde los había comprado en Poldaquia.

La condesa pensó diferentes veces en huir en los primeros días de su matrimonio; pero aquellos horribles vigilantes, fieles á las órdenes del conde, la seguían desde entonces como dos perros. Su fuerza y la rapidez con que corrían eran maravillosas, y la condesa temblaba cuando les pedía de beber en la mesa, pues desempeñaban también el cargo de coperos.

Los dos enanos eran celebrados por su destreza en la caza del lobo: acostumbrados á una obediencia ciega, atraían á estos feroces animales imitando sus aullidos, formando una música infernal que helaba el corazón del hombre mas valeroso. La caza del lobo se verificaba siempre de noche, y el conde desplegaba en tan horrible diversion una régia magnificencia.

A principios del invierno de 1737 anunció á su esposa que pasaría la estación en Viena y en Varsovia, pues poseía algunas haciendas en la parte meridional del reino de Austria y vivía con frecuencia en Viena.

Hallábame entonces en esta ciudad donde conocí á uno de sus criados, y á favor de algun dinero que le di me dijo que la condesa Irma partiría aquella noche á Cracovia en compañía de su hermana.

—¿Y el conde? le pregunté.

—Saldrá dos días después y nos alcanzará en el camino, me respondió: nos acompañan los dos enanos.

Una marcha, ó por mejor decir, una fuga tan precipitada en medio del invierno en la cual dos mujeres delicadas se exponían á los peligros de un largo viaje, y la extraña escolta que les destinaba el conde, llenaron mi alma de una inquietud que no pude dominar, y aunque hice inútilmente repetidas preguntas al criado, únicamente me manifestó las órdenes que había dado el conde.

—En cuanto á mí, añadí, no temo á los ladrones; voy armado como los enanos.

Erame imposible hablar con la condesa, pues estaba tan rigurosamente custodiada en Viena como cerca de Cronstadt.

Mi primera idea fué entrar en una iglesia y encomendarla á Dios, mas después me decidí á acompañarla. Pero ¿cómo engañar la vigilancia de Etzel, como proteger á Irma y á su hermana sin ser descubiertos? El conde había de acompañarlas y vigilarlas en el momento de partir, pues tenía poderosas razones para hacerlo.

Quedé de acuerdo con el cochero á quien di todo el dinero que me quedaba, que me dejaría ocupar su puesto después de haber pasado el segundo pueblo en el camino de Viena á Cracovia. Mi valor salía garante de la resistencia de los enanos en el caso de que me atacasen, y aunque sabía que su fuerza era extraordinaria, también contaba con la mía. Así pues, por insensato que pareciera mi proyecto, estaba seguro de llevarlo á cabo.

Habiendo manifestado la condesa deseos de ver á Cracovia, su ciudad natal, el conde accedió por primera vez á su petición; pero le dijo que los negocios importantes que le obligaban á detenerse en Viena le impedían el acompañarla, que el cochero era persona de su confianza y los enanos escoltarían el carruaje.

En el sitio convenido, el guía de la condesa cumplió exactamente su promesa, bajó del coche, entró en la posada donde le había dicho que le esperaba y cambió con el mío su traje que me arrastraba porque era mas baja mi estatura.

—Os desee feliz éxito! me dijo al despedirse, y se perdió entre las tinieblas porque era ya de noche.

Hacia un frío intenso y el suelo estaba cubierto de nieve. Al través de los cristales del carruaje cuyo interior alumbraba un farol, distinguí la encantadora cabeza de Irma, apoyada sobre el blanco hombro de su hermana; ambas leían en un libro de oraciones....

Los dos enanos hacían encabritar los caballos á mi lado; yo estaba sentado en el asiento del cochero y desde allí dominaba al postillon; encontré en un saco colgado del carruaje, pan de centeno, vino y algunas provisiones saladas del cochero, quien no se había provisto mejor con la confianza de comer en las posadas. Arrastraban el coche tres caballos rusos, y los que montaban los enanos me parecieron de grande agilidad y fuerza prodigiosa. Estos seres repugnantes iban siempre delante, y llevaban colgadas del arzon de las sillas escopetas alemanas. Todo mi equipo de guerra consistía en un *kosik* (cuchillo), colgado del extremo de una pequeña correa, en una espada corva y dos pistolas.

Ni siquiera me ocurrió la idea de que pudieran atacarnos durante el viaje, pero siempre estaba alerta, pues además de los bandidos, los que han recorrido los montes Kárpates deben temer en efecto otros muchos peligros. Confieso que experimentaba una dicha particular en mi arriesgada empresa al recordar que tenía detrás de mí, en aquel coche, dos nobles y hermosas jóvenes, una de las cuales dominaba tiránicamente en mi corazón. Era joven y emprendedor, nunca había amado hasta entonces, y por una mirada sola de la condesa me hubiera arrojado veinte veces en el Vístula. Una horrible duda cruzó sin embargo por mi mente, y el terror me helaba al pensar en el aislamiento de Irma y de su hermana.

Continuamente prestaba atento oído y me inclinaba sobre mi asiento creyendo oír en el coche alguna queja lastimera, y á veces un arbusto del camino, un árbol ó una mata que alzaba el viento me parecía que tomaban de pronto la figura del conde.

Juzgaba imposible el que no hubiese aparecido aun, y sin embargo nuestros caballos devoraban el espacio sacando chispas con sus herraduras...

La hermana de la condesa, cuyo marido era un noble polaco y copero mayor hereditario de la corona, estaba adornada de prendas morales y físicas superiores, y aunque se parecía á primera vista á Irma, era menos hermosa, pero en cambio la fortuna le había dado la dicha que faltaba á la esposa del conde Etzel, la de ser idolatrada de su esposo. Una amistad sencilla é inmutable la unía á la desventurada condesa, y afable y bondadosa como ella, nunca se había albergado en su corazón ninguna pasión impura. Su idea constante era la felicidad de Irma, de modo que la veía con secreto estremecimiento de placer viajar á su lado hacia su patria, hacia aquella Polonia tan bella, tan fastuosa y tan pródiga, donde únicamente la corte del mariscal Estanislao Lubomirski contaba al menos diez mil personas en su servidumbre, y donde brillaban por su nombre y esplendor los Czartoryski, los Potocki y los Radziwil.

Subíamos entonces penosamente una escarpada pendiente, y desde mi asiento podía oír la conversacion de las dos jóvenes.

—¿No crees como yo, Irma, decía Calista á su querida hermana, que el conde te trata con mas dulzura? Parecía que estaba triste por no poderlos acompañar, pero al confiarnos á Alejo sabía que no podíamos tener mejor guía. Es un hombre en efecto de un valor é intrepidez á toda prueba.

—Sí, pero ¿por qué nos ha privado del doctor Herman que tantas veces ha intervenido en mi defensa? Esos dos enanos me espantan, y no sin razon: ¿no adviertes como yo que

galopan siempre á larga distancia delante del coche?

—No veo en ellos mas que dos desgraciados á quienes favoreció poco la naturaleza. ¿No sabes que hasta los nobles polacos acostumbran tener entre sus criados enanos que aprecian por su fidelidad? ¿No te han contado la historia de Krasowski, el enano de Catalina de Médicis? Era imposible mirarle sin compadecerle, y sin embargo era diestro é inteligente, y llegó á ser el agente principal de las negociaciones que elevaron á un príncipe francés al trono de Polonia. Yo misma volveré á ver con gusto en Cracovia á mi enana Bárbara jugando con su perrito faldero en una cestita blanca.

—Sí, pero ¡qué horribles son mis dos enanos!

—Mucho les odias, Irma. Solo he vivido seis días en tu compañía en Viena y he advertido en efecto que los mirabas con aversión: ¿qué mal te han hecho?

Entonces hablaron las dos hermanas en voz baja y perdí el hilo de la conversacion.

(Se continuará.)

EL POSADERO DE ALDEA,

MAESE GANSENDONCK.

POR E. CONSCIENCE.

(Continuacion.)

VII.

El orgullo es el origen de todos los males.

Después del mediodía Karel se hallaba en lo alto de un soto, con la espalda apoyada en el tronco de un abedul. A su frente y al otro lado de un foso, se elevaba el pabellon de caza de Van Bruinkasteel.

Desde mucho tiempo que se hallaba en este lugar, ignorando él mismo cómo y porqué había venido. En tanto que con la cabeza llena de desconsoladoras ideas, caminaba distraído á través de los campos, su corazón le había conducido á este lado para hacerle apurar una hiel todavía mas amarga. En él se estaba ahora como una estatua inanimada, los ojos fijos obstinadamente en la habitacion del baron, y revelando solamente de tiempo en tiempo su existencia por una sonrisa triste ó un estremecimiento convulsivo. Su alma sufría horriblemente: su imaginacion inquieta penetraba á través de las paredes tras las cuales debía encontrarse Lisa; la veía sentada al lado del baron; oía las declaraciones de amor, las palabras corteses y seductoras; sorprendía las miradas lascivas, y veía á maese Gansendonck esforzándose en acallar el pudor de su hija, y entonces... entonces la débil Lisa no sabía qué hacer, dejaba al baron tomarle la mano y fijar en ella la mirada profanadora del deseo!

Pobre Karel! él mismo se abría mil heridas en su propio corazón, y forzaba á su imaginacion sobrecitada á enconar la llaga para hacerle apurar hasta las heces el cáliz del dolor.

Después de haber pasado mucho tiempo en estos tristes y dolorosos pensamientos, quedó sumido en una especie de sueño de espíritu. Sus nervios se distendieron: pintóse en sus facciones la indiferencia de la consuncion, su cabeza se hundió en su seno, y sus ojos medio cerrados se fijaron en la tierra. De súbito unos sonidos lejanos, mezclados con acentos de una voz de hombre debilitada por la distancia, vinieron á despertar su atencion.

Tan confuso como era este canto, obró poderosamente en el alma del joven. Temblando de pies á cabeza, la sed de venganza pintada en sus facciones, dió un salto como si una serpiente le hubiera mordido. Una luz ardiente centelleó en sus ojos, sus labios crispados dejaron á descubierto los dientes, y con tanto furor cerraba los puños que le crujieron los dedos. Y es, que este canto execrable le era conocido, este canto que, como una voz in-

fernal, había murmurado en los oídos de Lisa, una mañana, el lenguaje del deseo y de la concupiscencia. Todavía quemaban su corazón aquellas odiosas palabras que la boca de Lisa había devuelto como un eco al seductor.

En su desesperacion rompía el joven las ramas tiernas de las encinas, y salían roncadas exclamaciones de su garganta contraída...

El tono del canto se elevó; las palabras se hicieron cada vez mas perceptibles; los acentos: *Yo os adoro!* ascendieron hasta el soto, y el baron las expresaba con tanto fuego, tanto sentimiento, que era imposible no se dirigiesen directamente á Lisa.

Fuera de sí, no sabiendo lo que iba á hacer, Karel se lanzó al foso, pasó al otro lado y desapareció bajo el espeso follaje de unos bosquecillos de avellanos que se extendían al borde de una ancha alameda. Ocultándose siempre, se deslizó como un reptil á través del bosquecillo, hasta que se acercó á un lugar que el follaje hacia sombrío. Las ramas de dos vallados de ojaranzos plantados á poca distancia uno de otro, habían sido encorvadas con cuidado, y formaban reñidas una bóveda de verdura. Aunque los últimos rayos del sol alumbraban todavía un lado de este paseo, y sembrando las hojas transparentes de puntos luminosos, las hacían resaltar sobre el fondo de un verde mas oscuro, era sin embargo muy sombrío.

El joven cruzó el paseo, y se acercó al pabellon por el lado de la sala en que se hallaban el baron y sus convidados.

A tres ó cuatro pasos de este salon se elevaba un bosquecillo de jeringuillas, cuyas flores debían embalsamar seguramente, en la primavera, toda la casa con su dulce perfume. Karel se agachó en este retiro, desde el cual su mirada penetraba directamente y sin obstáculo en el salon.

¡Ah! cómo su corazón palpitaba, cómo la sangre se le subía á la cabeza! Todo lo podía ver y oír, porque el vino y la alegría levantaban las voces.

Le pareció que se quería obligar á Lisa á hacer alguna cosa contra su gusto. El baron la atraía hácia el piano con dulce violencia, su padre la empujaba con menos miramientos exclamando medio enojado:

—Lisa, Lisa, tú quieres acabarme de hacer perder la paciencia con tu terquedad! ¿Vamos á tener otra vez la funcion de esta mañana? Estos señores te ruegan con tanta amabilidad que cantes otra vez esta cancioncita y tú cometes la imprudencia de rehusarlo! No debes ocultar tu voz, hijita, antes al contrario déjalarla oír.

El baron insistió de nuevo, maese Pedro mandaba con cólera; Lisa obedeciendo empezó á cantar con el baron, acompañándoles el piano. Lisa decía:

Mi turbacion es grande,
Vuestra piedad imploro;
¡Ah! decid, yo os adoro,
Yo os adoro!

El follaje de las jeringuillas se estremeció como si le hubiese sacudido una ráfaga de viento...

El orgullo había echado á perder la cabeza de maese Pedro Gansendonck; su rostro estaba radiante y colorado de contento; se restringaba continuamente las manos y hablaba tan libremente, con tanto atrevimiento y frecuencia, que el que no le hubiese conocido lo hubiera tomado por el propietario del castillo. De pié cerca del piano balanceaba la cabeza, llevaba malamente el compás con su pié pesado, y decía de tiempo en tiempo á su hija:

—Mas recio! mas aprisa! así va bien! bueno!

No conocía que Adolfo y su amigo, y hasta el mismo Victor le tomaban por blanco de sus chanzas; consideraba, al contrario, la risa burlona de los jóvenes como una señal de aprobacion y amistad.

Apenas acabó el canto, sentóse Adolfo en el piano, y pasando sus dedos por el teclado, empezó un vals tan airoso, tan seductor por su cadencia y melodía, que maese Pedro se sintió en disposicion de bailar, y alzóse sobre

la punta de los piés como si se propusiese brincar al rededor de la sala.

—A bailar! á bailar! exclamó. Lisa lo hace con tal perfeccion que con solo verla mover un pié se la quisiera levantar en el aire. Vaya, Lisa, muestra un poco lo que aprendiste en el colegio.

Lisa, que ya se habia visto obligada á cantar á pesar suyo, quiso alejarse del piano para eludir la orden de su padre; pero este la volvió en medio de la sala, y excitó al baron á que la hiciese bailar.

Victor llevado de su ligereza y buen humor pasó el brazo al rededor del talle de la jóven, y la obligó á su pesar á hacer cinco ó seis pasos de baile.

Un grito sordo ascendió del bosquecillo de jeringuillas, grito lúgubre como el último suspiro de un leon moribundo. En el interior, estaban demasiado ocupados para notar esta exclamacion de dolor.

Como Lisa se negaba absolutamente á bailar, dejándose llevar de mala gana, Van Bruinkasteel se vió obligado á renunciar á su proyecto. Se excusó con politica al lado de la jóven aun confusa, y pareció no haber advertido ni su visible tristeza ni su frialdad. El jóven pisaverde se divertia; de seguro que no veia en Lisa Gansendonck mas que una hermosa y sencilla jóven que le ayudaba á pasar agradablemente el tiempo. Si un sentimiento mas vivo le hubiese arrastrado á ella, la frialdad de la jóven le habria descontentado ó entristecido; pero no pareció ni tan siquiera haberla notado. Se inclinó cortesmente, y ofreciendo su brazo á Lisa que esta vez no se atrevió á rehusarlo, dijo á los demás:

—Vamos á dar una vuelta por el jardín hasta que enciendan las luces! No tomeis á mal, amigos míos, que dé el brazo á la señorita Lisa.

Todos bajaron la escalera de piedra labrada, y se dirigieron á la parte mas sombría del jardín. Muchos senderos se ofrecieron á su vista; el baron llevó á Lisa hácia un parque de dalias; Adolfo y su compañero emprendieron otro camino. La jóven advirtió con sorpresa y con cierta ansiedad que su padre tambien se alejaba; le lanzó una mirada suplicante y quiso dejar al baron; pero maese Gansendonck le mandó con fingida cólera que siguiese á su conductor, y en seguida se fué hácia donde estaba Adolfo, riendo como si acabase de hacer una cosa admirable. Lisa temblaba; su conciencia virginal le decia en alta voz que hacia mal en desviarse sola, del brazo con el baron, en paseos solitarios; pero Victor nada le decia de inconveniente y al fin de la calle de árboles debía infaliblemente encontrar á su padre. ¿No hubiera sido por otra parte gran descortesia dejar al baron, y huir como la mas rústica campesina?

Embebida en estos pensamientos, seguia

con pesar al jóven hidalgo, al cual solo respondia escasas y distraidas palabras.

Un instante despues, todos desaparecieron en los senderos tortuosos del jardín, bajo el follaje de verdes y espesos bosquecillos.

El infortunado Karel con la cabeza abrasada por la fiebre, sufría un indecible martirio. Veinte veces ya el violento deseo de venganza que ardía en su seno le habia impulsado á salir fuera del bosquecillo y aniquilar al seductor; pero cada vez la imagen de su madre suplicante se presentaba á sus ojos, y combatido por la venganza que le excitaba y los consejos mas tranquilos del amor filial, sentia ru-

mientos, Lisa echó de ver la sombría entrada de la bóveda de verdura. A su vista suplicó al baron que fuesen á reunirse con su padre, y cuando el jóven estrechando mas fuertemente su brazo, y burlándose de sus temores, la convidó á entrar en la alameda, se puso á temblar como una caña y palideció de espanto. El baron no pareció haber notado esta emocion, ó quizá creyó que era un terror fingido. Sea lo que fuere, quiso, como chanceándose, hacer entrar á la jóven con violencia en la alameda, y lo logró hasta cierto punto.

—Padre mio! padre mio! exclamó Lisa arrojando un doloroso grito de agonía.

Otro grito mas terrible iba á escapar de su seno.... pero antes que sus labios hubiesen tenido tiempo de pronunciar una sola palabra, dos manos robustas se dejaron caer sobre las espaldas del baron, y de un solo golpe lo derribaron á tres ó cuatro pasos de allí.

El baron se levantó furioso, arrancó un palo de los que sostenian las dalias y se arrojó hácia Karel, que le esperaba con una risa, en la cual se mezclaban el estravío y la sed de venganza. El baron sacudió al jóven un golpe tal en la cabeza, que la sangre corrió á lo largo de sus mejillas; esta fué la señal de una lucha furiosa. Karel cogió á su enemigo por la cintura, le levantó en el aire, y arrojóle como una piedra contra el suelo. Sin embargo el baron se levantó, y luchó contra el vigoroso jóven hasta que este pudo tenderle en el camino, y con la rodilla en el pecho, le golpeó y ensangrentó la cara á puñetazos.

Lisa gimiendo y lanzando gritos de alarma, habia permanecido allí hasta el momento en que corrió la primera gota de sangre; entonces echó á correr, cayendo desvanecida un poco mas léjos sobre el césped.

Sin embargo estos gritos habian sido oídos de los demás convidados y de los sirvientes, los cuales, habiendo acudido de diferentes puntos llenos de espanto, arrancaron al jóven de encima del cuerpo del baron.

Adolfo mandó á los criados que guardasen bien al cervicero; estos le tenían cogido con

cinco ó seis manos, y le contenian los brazos, mientras él contemplaba fuera de sí al adversario que acababa de poner en tan mal estado.

Maese Gansendonck habia acudido donde estaba su hija y se arrancaba los cabellos de desesperacion á la terrible idea de que la hubiesen asesinado.

Adolfo y su amigo ayudaron al baron á ponerse en pié; su rostro y su cuerpo se hallaban cruelmente magullados; sin embargo, se enardeció su cólera y recuperó sus fuerzas viendo al cervicero de pié en su presencia.

—Miserable! exclamó, debería hacerte azotar hasta la muerte por mis criados; pero el



EL GENERAL ESPINASSE.

gir en su interior los acentos desgarradores del dolor y la desesperacion. Víctima de esta rabia comprimida jadeaba de furor dentro las jeringuillas, y su ardiente respiracion abrasaba su dilatada nariz.

De repente la voz cariñosa del baron resonó á algunos pasos y vió á Lisa que muda y con el rostro entristecido caminaba cogida del brazo del jóven hidalgo, siguiendo el sendero que se dilataba á lo largo del bosquecillo de jeringuillas y conducia al sombrío seto de ojaranzos.

A dos pasos del lugar en que Karel, conteniendo la respiracion y presa de la mas ansiosa espectacion, espiaba sus menores movi-

cadalso me vengará de tí, asesino por traición! Que le encierren en la bodega, y tú, Estéban, corre á buscar á los gendarmes!

Para ejecutar las órdenes de su amo, los criados quisieron llevarse á Karel; pero conociendo este entonces lo que se le quería hacer, desprendió sus brazos por un esfuerzo vigoroso, y lanzando al que se le puso delante en el bosquecillo de jeringuillas, se arrojó al foso, y antes que pudiesen seguirle desapareció de la vista de todos en el fondo de un bosque de abetos.

VIII.

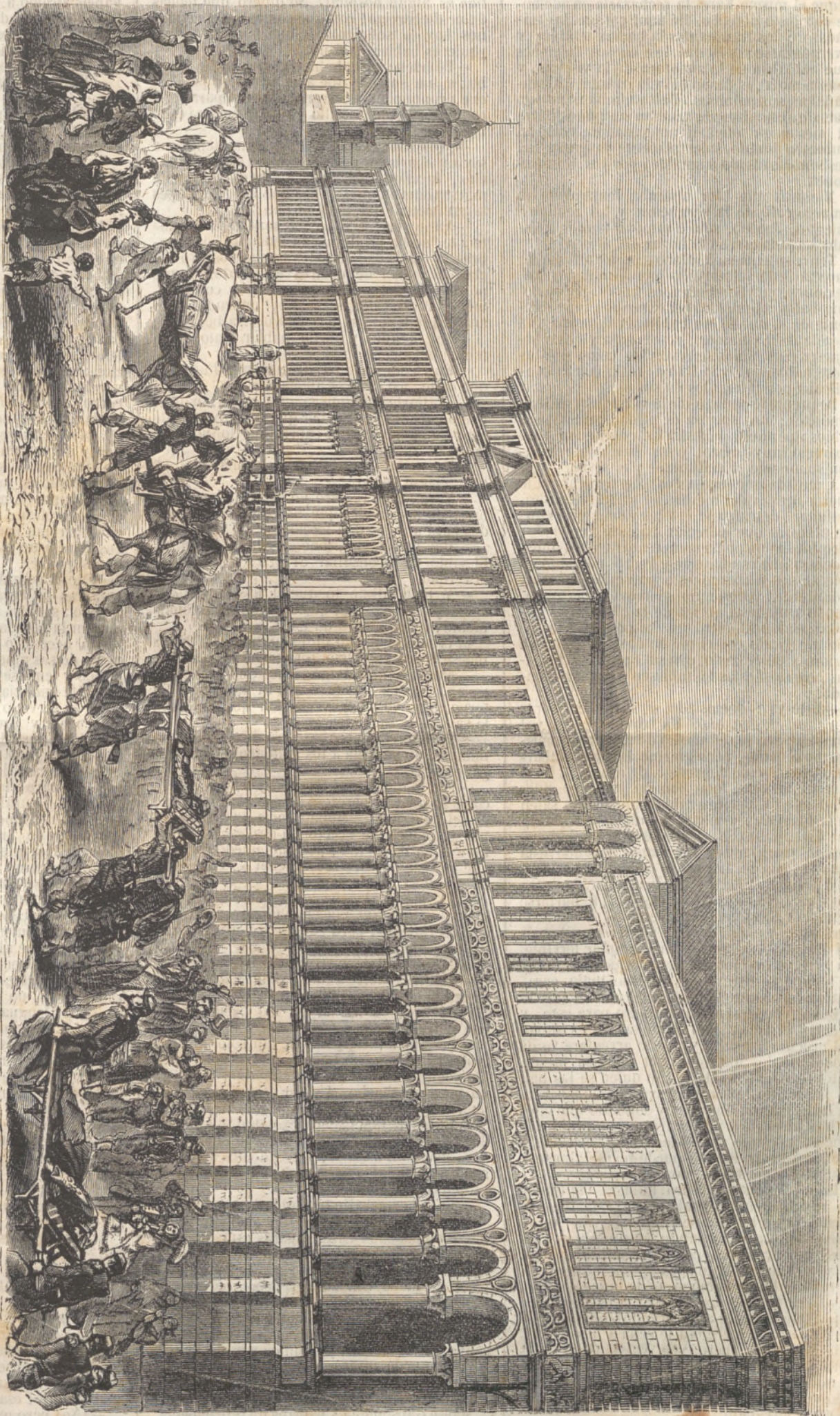
No te fies de agua mansa.

Al otro día por la mañana, Lisa se hallaba sentada en un aposento retirado del meson de *San Sebastian*, tras la cortina de muselina de la ventana. La extrema palidez de su rostro y la rubicundez de sus ojos denotaban que se había extenuado á fuerza de llorar.

Aunque abatida por el dolor, su fisonomía revelaba, sin embargo, una inquieta agitación, y estremecimientos convulsivos, indicio de secretas emociones, contraían su rostro. Se hubiera dicho que un terror profundo, que el ansia de la espectacion oprimían su pecho; porque de tiempo en tiempo lanzaba temblando una mirada por detrás de las cortinas, y sus ojos se fijaban en la calle con visible inquietud, hasta que alguno de los que pasaban parecia mirar la casa. A pesar de que no se la podía ver desde fuera, retiraba vivamente la cabeza, una especie de vergüenza coloreaba sus mejillas del mas encendido rubor, bajaba los ojos como para sustraerse á las miradas acusadoras de la gente, y permanecía así largo tiempo en una completa inmovilidad; pero siempre acababa por volver la vista hácia fuera con viva curiosidad y las mismas angustias.

¿Qué podía esperar? ella misma no lo sabia; pero la conciencia roía su corazón como un gusano: la imágen de Karel aparecía á sus ojos, y le gritaba que ella era la causa de todos los tormentos que martirizaban su corazón lleno de amor; gracias á su imaginación

LLEGADA DE UN CONVOY DE HERIDOS AL GRANDE HOSPITAL DE MILAN.



azorada oía todo lo que los campesinos decían de ella; por la primera vez comprendía perfectamente que tenía su reputación perdida, y que el mismo Karel la rechazaría en adelante con justo derecho. Hé aquí porque las miradas de los transeúntes la hacían temblar y avergonzarse; y es que leía en sus facciones que hablaban de la aventura de la víspera, y que la mofa, el desprecio y la irritación acompañaban sus palabras. Había también notado que algunos aldeanos tendían sus puños hacia el meson en ademán amenazador, como si hubiesen jurado solemnemente vengarse del deshonor causado á su aldea por los Gansendonck.

Mientras que Lisa apuraba lentamente el amargo cáliz de la vergüenza y los remordimientos, Jacobo, solo é inmóvil también, estaba sentado cerca del hogar del meson.

Tenía su pipa en la mano, pero no fumaba; parecía estar absorbido por profundas reflexiones, por pensamientos tristes. Su fisonomía había adquirido una expresión muy diferente de la que le era habitual; indicaba una mezcla de malhumor, reprensión y hasta altanería. Sus labios se revolaban como si estuviese hablando, y la llama de la cólera centelleaba por intervalos en sus ojos.

De pronto le pareció oír la voz de maese Gansendonck; una sonrisa de piedad contrajo sus labios; pero esta muestra de compasión desapareció muy presto, y sus facciones revelaron solamente el malhumor y el pesar.

A medida que maese Pedro se acercaba á la puerta trasera del meson, el criado le oía refunfuñar, descargando pestes y denuestos contra algunos que parecían haberle injuriado; pero Jacobo no podía comprender contra quién ó contra qué estaba maese Pedro montado en cólera; sin embargo esto pareció serle muy indiferente, porque no se movió, permaneciendo sentado al abrigo de la chimenea.

Gansendonck entró en la posada bruscamente, dando con el pié en el suelo como un furioso y derribando con su horquilla las sillas, como si estas le hubiesen también ofendido.

—Esto ya es demasiado, sí, verdaderamente demasiado! exclamó. Un hombre como yo! Cómo! atreverse, en medio de la calle, á mostrarme el puño, perseguirme á gritos, silbarme, tratarme de cobarde... de asno!... ¿No te parece, Jacobo, que han de estar poseídos del diablo? Estos miserables campesinos salen de la herrería, y vienen detrás de mí gritando: Escandaloso! escandaloso! Si no hubiese temido mancharme las manos tocando esta canalla, con mi horquilla rompo la cabeza á media docena! Pero Francisco pagará por todos esos bribones! Ya le enseñaré á burlarse de maese Gansendonck! Veremos cómo acabará esto. Aunque debiese perder la mitad de mi fortuna, es preciso un ejemplar terrible. Ya haré yo que intervengan los gendarmes; y si alguno se atreve á ponerme mala cara, haré comparecer la mitad del pueblo ante el tribunal. Tengo bastante dinero para esto, y además el señor Van Bruinkasteel es amigo del procurador del rey; ya lo arreglaré yo de modo que los aherrojen por algunos meses. Entonces verán y sabrán con quien se las han de haber, los pícaros desvergonzados! Esto ha de acabar de una vez, y supuesto que ellos se han atrevido á provocarme con tanta insolencia, tampoco yo les tendré compasión, y les haré sentir lo que puede maese Gansendonck! No, se acabó, no hay piedad!

De seguro maese Pedro hubiera continuado mucho tiempo exhalando su rabia de este modo, si no le hubiese faltado la voz. Así es que se dejó caer, jadeando, en una silla, y sus ojos se fijaron con cólera y sorpresa en el criado, que con la mas completa indiferencia miraba el fuego como si nada hubiese oído: sus facciones solo expresaban la tristeza.

—¿Qué haces tú ahí mirando como un imbecil? Tu vida perezosa te echa á perder, Jacobo; yo no sé, pero estás volviéndote indolente y poltron como un verdadero cerdo. Esto no me gusta; quiero que mi criado sea activo y resuelto, y no permanezca frío cuando yo estoy enfadado.

Jacobo contempló á su amo con un doloroso suspiro de compasión.

—¡Ah! tienes todavía dolor de vientre! exclamó maese Pedro; esto empieza ya á fastidiarme. ¿Te figuras que la posada de San Sebastian es algun hospital? No quiero que tengas dolor de barriga! con que comas un poco menos hay lo suficiente, gloton! voraz! Vaya, ¿quieres hablar, sí ó no?

—De buena gana hablaría, respondió Jacobo, si no supiese que á la primera palabra que pronuncie me cerrareis la boca para salir con alguna pata de gallo y cantar vuestra eterna letanía.

—¿Qué tono es ese? Di Lisa y llanamente que soy un charlatan pesadísimo: no te dé empacho, Jacobo; caed todos sobre el cuerpo de maese Gansendonck. ¿Por qué no le escupes tú también al que te dá el pan?

—Ya lo veis! dijo Jacobo sonriendo tristemente; no le pronunciado mas que dos palabras, y estais dado á todos los diablos! Yo me guardaré bien de deciros una palabra que pueda ofenderos; pero convenid conmigo, maese Pedro, que sería muy imprudente la araña que tejiese su tela en vuestra boca...

—Soy el amo y puedo hablar tanto como me dé la gana.

—En efecto, maese Pedro; permitidme pues que calle, así debiese ahogarme.

—¿Callarte? no quiero que calles; habla; tengo curiosidad de saber qué es lo que puede salir de bueno de una cabeza tan tonta como la tuya.

—Las aguas tranquilas son las mas profundas, maese Pedro.

—Vaya, habla, pero no demasiado, y sobre todo no olvides que no pago á mis criados para que me den lecciones.

—Hay un adagio, maese Pedro, que dice: El sabio va á consultar al loco, y encuentra la verdad.

—Y bien, dime lo que el loco tiene que aconsejar al sabio. Si quieres hablar racionalmente, te escucharé un poco.

El criado se volvió junto con su silla hacia maese Pedro y dijo con tono franco y resuelto:

—Maese Gansendonck, hace dos meses que pasan cosas en esta casa que ni un criado tan torpe como yo puede verlas sin que le hierva la sangre de impaciencia.

—Ya lo creo, pero esto no durará mucho tiempo; no se paga á los gendarmes para coger moscas.

—Por lo que á mi respecta, maese Pedro, confieso que soy perezoso; pero el corazón no es del todo malo. Mucho haría por salvar á nuestra excelente Lisa de la desgracia, si estuviese en mi mano, pues no puedo olvidar, que á pesar de vuestros arrebatos, en el fondo sois muy bueno para mí.

—Es verdad, Jacobo, dijo maese Pedro conmovido; veo con placer que no careces de agradecimiento; pero ¿dónde quieres ir á parar con este tono serio?

—No me hagais aparejar el carro antes que los caballos, maese Pedro; demasiado pronto tocaré la cuerda sensible.

—Sé breve ó me largo; me harías morir con tus dilaciones.

—Pues bien, escuchadme tan solo un instante. Desde mucho tiempo que á Karel se le ha prometido Lisa en matrimonio; Karel es un buen muchacho, á pesar de que recientemente ha cometido una imprudencia...

—Un buen muchacho! exclamó maese Pedro. Cómo! ¿llamas tú buen muchacho al que, como un asesino, acaba de atacar y derribar al suelo al señor Van Bruinkasteel en su propio castillo?

—El mejor caballo tropieza algunas veces.

—¡Ah! á esto llamas tú tropezar! ¡ah! es un buen muchacho! Cara pagarás esta palabra. Se acabó tu pan blanco; hoy te irás de casa.

—Ya tengo hecho el lío, maese Pedro, respondió Jacobo con indiferencia; pero antes de irme habeis de oír todo lo que he de deciros. Y lo oireis aunque debiera correr tras de vos en el campo, en la calle, en vuestro aposento. Es mi deber, y el único agradecimiento que pueda ofrecer. No me sorprende el que me despidais; el que dice la verdad, en ninguna parte encuentra asilo.

Maese Gansendonck pateaba de impaciencia, pero no decía palabra; el tono grave y resuelto de su criado le turbaba y dominaba.

—Nuestra Lisa, continuó Jacobo, hubiese sido feliz con Karel; pero vos, maese, habeis introducido la raposa en vuestro gallinero; habeis atraído á vuestra casa un jóven fatuo, le habeis excitado á llenar los oídos de vuestra hija de necios cumplimientos, á hablarle de un amor fingido, á cantarle cosas contrarias á toda modestia...

—Esto no es verdad! murmuró maese Pedro.

—Vos habeis querido que hablase á vuestra hija en francés. ¿Podeis saber lo que le decía, vos que no entendeis palabra?

—¿Y tú, bribon, lo entiendes, ya que hablas de él tan resueltamente?

—Entiendo lo suficiente, maese Pedro, para conocer que el diablo del deleite y del engaño anda en juego. ¿Cuáles han sido las consecuencias de vuestra imprevisión? ¿Será preciso decirlo? Que el honor de vuestra hija está mancillado, no sin remedio, pero lo suficiente en la opinión del público para que no pueda jamás recuperar su pureza primitiva. Karel, el único hombre que la ha amado verdaderamente y que hubiera podido hacerla feliz, se muere consumido por la desesperación; su madre se halla en cama enferma de ver la pena de su único hijo; vos, maese Pedro, sois aborrecido y despreciado de todo el mundo. Se dice que seréis la causa de la muerte de Karel, del deshonor de vuestra hija y de vuestra propia desgracia.

—Sí, cuando se quiere matar á un perro, se dice que es rabioso; pero nadie tiene que inmiscuirse en mis cosas! exclamó maese Pedro con cólera; esto no les atañe, yo hago lo que bien me parece! Y tú, insolente, ya te enseñaré á no meter el hocico en lo que nada tienes que ver.

—Me es completamente indiferente que mis palabras os agraden ó disgusten, respondió Jacobo; son las últimas que pienso pronunciar en la posada de San Sebastian.

Era necesario que maese Gansendonck, á pesar de sus amenazas, tuviese en mucho á su criado y temiese verle partir; porque cada vez que este anunciaba friamente su resolución de dejar su servicio, la cólera de maese Pedro se aplacaba, y prestaba con complacencia su atención al criado. Este continuó:

—Ahora ¿qué es lo que puede resultar? ¿No es este el caso de decir con el adagio: tanto va el cántaro á la fuente que se rompe? No, el público y natural recato de vuestra hija os salvará del deshonor; pero el baron se cansará del trato de Lisa y buscará otras distracciones... Lisa quedará abandonada; todos aquellos que piensan como se debe huirán de ella; el mundo se burlará de vos y se gozará en vuestra vergonzosa decepción...

—Pero, Jacobo, ¿quién puede portarse de modo que contente á todo el mundo? Aquel que se expone al público, es siempre criticado. No comprendo tu locura; ¿y sabes tú lo que hay sobre el particular? El baron se casará con Lisa; no hay duda alguna, y entonces las malas lenguas de la aldea y tú con ellas, os quedareis con un palmo de narices como los buhos á la vista del sol. Si no estuviese seguro de esto, nada tendría que responder; pero aun en este caso, en nadie reconozco derecho de mezclarse en mis asuntos; en mi casa yo mando!

—Ciertamente! ¿el baron va á casarse con Lisa? Entonces todo marcha bien, y vos podeis colocaros un hermoso plumaje en vuestro sombrero; pero tomar cosa deseada por cosa hecha, tampoco es raro. ¿Me permitis que os haga una pregunta, maese Pedro?

—Sí.

—¿El baron os ha hablado de este matrimonio?

—Esto no es necesario.

—¡Ah! ¿le habeis vos interpelado sobre sus intenciones?

—Tampoco es necesario.

—¿El baron ha hablado de ellas á Lisa?

—¿Qué niñadas estás diciendo, Jacobo! ¡Irás á pedir el consentimiento de Lisa, sin saber si yo que soy su padre, convengo ó no en el matrimonio? esas cosas no se hacen así!

—¡No! pero el baron se ha burlado de vos y de vuestra hija cuando el médico le ha preguntado, en presencia al menos de diez

personas, si de verdad queria casarse con Lisa.

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿El señor Van Bruinkasteel se ha burlado de mí?

—Nada menos que ha contestado al médico, si creia que un baron como él podía casarse con la hija de un posadero de aldea; y como se le dijese que habiais consultado al notario sobre las condiciones de los capitulos matrimoniales, ha exclamado: Lisa es una excelente niña; pero su padre es un viejo loco que hace mucho tiempo deberia estar en el manicomio de Geel.

Estas últimas palabras hicieron saltar de cólera á maese Pedro como si acabasen de pisarle el pié.

—¿Qué te atreves á decir? exclamó con voz amenazadora; yo deberia estar en Geel! ¿Qué es esto? Tú me pierdes el respeto, insolente! ¡Ah! ¡cuán verdadero es aquello: que perro rabioso muerde hasta á su amo!

—Yo os repito lo que al menos diez personas aseguraron haberlo oido. Vos sois libre de creerlo ó no; para qué...

—Sí, sí, acaba: para qué necesita anteojos el buho que no quiere ver! No sé como no te cojo por los hombros y te planto en la puerta.

—¿Para qué la luz para quien cierra los ojos? prosiguió Jacobo. El baron se ha burlado de vuestras esperanzas en otras circunstancias todavía...

—No, no, lo que vas á decir no es verdad: no puede ser verdad. Todos dais asentimiento á las calumnias de gentes envidiosas que reventan de despecho porque tengo mas dinero que ellos y porque preven que Lisa será una gran señora, á pesar de los que están celosos de ella.

—Cuando el ciego sueña que ve, ve lo que desea, dijo Jacobo suspirando. No hay remedio que cure vuestra enfermedad; yo nada mas puedo hacer y digo con el adagio: cada uno hace su sopa cuando tiene apetito; seguid vuestro gusto, y haced el matrimonio mañana mismo.

—Invenciones de personas ruines y envidiosas, y nada mas!

—El médico no os tiene envidia, maese Pedro; es un hombre grave y prudente, y quizá el solo que os guarde amistad en toda la aldea. El mismo me ha empeñado á que os abra los ojos de grado ó por fuerza.

—Pero el médico se engaña, Jacobo; se le ha hecho creer lo que no es verdad. No puede ser de otro modo; estariamos frescos que el baron no se casará con Lisa!

—No se puede contar con el pollo que ha de nacer de un huevo que no se ha puesto, maese Pedro.

—Estoy tan cierto de este matrimonio como del nombre de mi padre.

—Todavía no estáis montado y ya quereis galopar. Os repito, maese Pedro, que el baron se burla de vos, os pone en ridiculo y os trata de loco; os repito que estais ciego, que tengo lástima de vos y de Lisa; y que mañana mismo me voy de esta casa para no presenciar el triste fin de este desgraciado asunto. Y si quereis oirme, maese Pedro, os daré por despedida un consejo que vale oro.

—Por despedida! Vaya! habla, ¿qué consejo tan precioso es este?

—Ya sabeis, maese Pedro, que el que es demasiado crédulo, se expone á ser engañado. Si me encontrase en vuestro lugar, quisiera saber hoy mismo á qué atenerme; iria al pabellon de caza, y preguntaria osadamente al señor Van Bruinkasteel cuáles son sus ideas respecto á Lisa. Palabras corteses y cumplimientos en el aire no me seducirian; todos mis discursos acabarían por esta proposicion: ¿os casais ó no os casais? Le obligaria á hablar claro y á darme de una vez una contestacion categórica y decisiva. Si se excusaba, como es probable, le prohibiria dirigir en adelante la palabra á Lisa; y volveria á poner las cosas en su estado primitivo, llamando otra vez á Karel y apresurando su matrimonio con Lisa. Es el único medio que os queda de evitar una gran desgracia y el deshonor.

—Y bien, si el señor Van Bruinkasteel no se presenta pronto á tratar de su matrimonio, me atreveré á interrogarle sobre el particular; pero esto no corre prisa.

—¿No corre prisa? De la mano á la boca el cocido cae al suelo: es necesario que hoy mismo sepais lo que el baron piensa.

—Vaya, vaya, exclamó maese Pedro; esta tarde iré al pabellon de caza, y rogaré al baron que se explique francamente; pero ya sé de antemano qué me contestará.

—Desearia que pudieseis decir la verdad, maese Pedro; pero mucho me temo que os estreneis de mala manera.

—Cómo! que yo pudiese decir la verdad?

—O que vos dijeseis verdad esta vez.

—Este es el mundo al revés, repuso maese Gansendonck con dolorosa impaciencia; el criado enseña al maestro... ¿y he de tragar yo esto? Jugad con un asno y os ensangrentará la cara con el rabo. Pero aguarda un poco; bien pronto me habré vengado; esta tarde iré al pabellon; y ¿qué dirás tú, bribon insolente, cuando volveré con la contestacion de que el baron desea casarse con Lisa?

—Que vos solo teneis buen sentido, y que todos los demás, incluso yo, somos grandes imbéciles. Pero, ¿qué direis, maese Pedro, si el señor Van Bruinkasteel se mofa de vos?

—Esto no puede ser, te digo.

—¿Y si por fin fuese?

—Sí! sí! si el cielo cayese nos cogeria á todos debajo.

—Repito mi proposicion, maese Pedro; si el baron os despidiese con mofa?

—¡Ah! baron ó nó, le enseñaria quién soy yo, y...

Un grito horrible de angustia, un grito penetrante de congoja detuvo la palabra en sus labios.

Conmovidos y azorados corrieron al aposento donde se encontraba Lisa.

La jóven estaba de pié cerca de la ventana mirando á la calle. Lo que veía debia ser terrible; sus labios se contraian convulsivamente sobre los dientes cerrados; sus ojos desmesuradamente abiertos parecian querer salir de la órbita, y un estremecimiento de espanto corria á lo largo de sus miembros. Apenas maese Gansendonck llegó en medio del aposento, cuando resonó un nuevo grito tan penetrante como el primero; Lisa alzó las manos al cielo y cayó pesadamente de espaldas sobre el pavimento.

Maese Pedro se echó de rodillas á su lado exhalando tristes lamentos.

Jacobo corrió á la ventana para mirar afuera. Tambien él palideció y se puso á temblar; las lágrimas le saltaron de los ojos; lo que vió le dejó tan estupefacto que ni tan siquiera prestaba atencion á los gritos de maese Gansendonck pidiendo socorro.

En la calle, ante la puerta misma del meson, Karel con las manos atadas hácia atrás, seguia entre dos gendarmes el camino de la ciudad; una pobre vieja se arrastraba gimiendo tras de él y regaba con lágrimas ardientes las huellas de su desgraciado hijo. El herrero Francisco se arrancaba los cabellos y estaba medio loco de cólera y desesperacion. Muchos campesinos y campesinas seguian con la cabeza baja y la fisonomia triste, y mas de un delantal enjugaba una lágrima de compasion. Parecia una comitiva fúnebre acompañando hasta la tumba un muerto idolatrado.

(Se continuará.)

EL GENERAL ESPINASSE.

Este general, una de las víctimas de la batalla de Magenta, nació en Saissac (Aude) el 2 de abril de 1815. Por consiguiente no tenia mas que 44 años en el momento en que la muerte ha venido á arrebatarlo á su familia.

El general Espinasse entró en 1833 en el colegio militar de Saint-Cyr.

Enviado á Africa fué promovido á jefe de batallon en 1845.

Tomó el mando de un batallon de zuavos á la cabeza del cual se encontró en el combate de Aures en el que recibió cuatro heridas.

En 1848 pasó al 22 ligero y despues al 49 de línea con cuyo cuerpo asistió al sitio de Roma. Nombrado coronel en 1851, M. Espinasse fué promovido á general de brigada despues del 2

de diciembre con el título de ayudante de campo del Emperador.

Cuando estalló la guerra de Crimea el general Espinasse mandó una brigada de la 1.ª division del ejército de Oriente. Atacado por el cólera en la Dobrutschka regresó á Francia y volvió á Crimea en la primavera de 1855.

En la batalla de Tchernaiá y en el asalto de Malakoff, Espinasse se distinguió por su bravura, recibiendo en recompensa el ascenso á general de division.

Despues del atentado del 14 de enero, el general Espinasse reemplazó á M. Billaut en el ministerio del Interior en el cual permaneció poco tiempo.

Nombrado senador cuando M. Delangle tomó la cartera del Interior, M. Espinasse pasó entonces á mandar la 2.ª division del cuerpo de ejército del general Mac-Mahon.

El general Espinasse tenia abierta delante de sí una brillante y gloriosa carrera cuando la muerte vino á sorprenderle en medio de la victoria á la cual tanto contribuyera con su valor.

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuacion.)

469. ¿Por qué es blanco el lirio?

Porque refleja la luz sin alterar sus vibraciones.

470. ¿Por qué es amarilla la primavera?

Porque aun cuando recibe la luz blanca, altera sus vibraciones á 44,000 en una pulgada, y 535.000.000.000 en un segundo, y esta es la velocidad de vibracion que produce á la vista una sensacion de amarillo.

471. ¿Por qué hay tantas variedades de color y de matiz en los diferentes objetos de la naturaleza?

Porque cada superficie tiene su constitucion particular ó condicion atómica que influye sobre la luz que la ilumina. En los climas tropicales, donde la brillantez del sol es mas intensa, es en donde los colores de los objetos naturales son mas ricos; el follaje es de un hermoso verde oscuro; las flores y los frutos presentan brillantes matices, y el plumaje de las aves ofrece los mas soberbios colores. En los climas templados estos colores son mas amortiguados á causa de su relacion con los grados de luz. A cierta profundidad del Océano, donde la luz penetra en un grado muy escaso, todos los objetos carecen casi de color.

(Muchos filósofos han afirmado—y la teoria es tan concluyente que no puede prescindirse de ella—que hay una analogia entre las causas vibratorias del sol y las causas vibratorias del color. Cualquiera que haya visto un arpa éolica y escuchado las extrañas notas de su música, se convencerá de que los sonidos de las cuerdas son arrancados por corrientes de aire accidentales; que cuando estas corrientes han sido fuertes, las notas han llegado á su mayor extension, y que cuando ha declinado la intensidad de las corrientes los sonidos musicales han decaido y se han suavizado hasta que han cesado con una especie de melodioso quejido. Ningun dedo ha tocado las cuerdas; ningun genio ha despertado en el arpa sus inspirados sonidos; pero la vibracion comunicada al aire, cuando ha pasado por las cuerdas, ha producido los sonidos cromáticos que han encantado al que los ha oido. Por consiguiente, si las variadas vibraciones del aire son capaces de comunicar sensaciones desiguales de sonidos al oido, ¿no es posible y hasta probable que las diferentes vibraciones de la luz comuniquen las variadas sensaciones de colores á la vista?)

472. ¿Qué es la refraccion de la luz?

Cuando los rayos de luz caen oblicuamente sobre la superficie de cualquier medio transparente, son ligeramente desviados de su direc-



Aquellos horribles vigilantes la seguian como dos perros. (Pág. 330, col 3.ª)

cion. Esta alteracion de la direccion de los rayos se llama *refraccion*, y su grado depende de la diferencia entre las *densidades* de los medios por los cuales es *trasmitada* la luz.

473. Si un rayo de luz cae en linea recta sobre una superficie trasparente, ¿es entonces *refringido*?

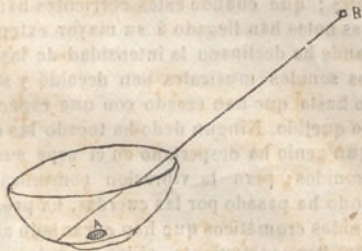
En este caso *no hay refraccion*, porque el rayo sigue su curso.

474. En la direccion hácia la cual los rayos son dirigidos ó *refringidos*, ¿tiene alguna influencia la *densidad relativa* del medio?

Un rayo de luz que dé oblicuamente en una ventana, al pasar á través de ella, toma ligeramente algo de su posicion *perpendicular*; y si despues cae sobre la superficie del agua se acerca mas á la *perpendicular* al *atravesarla*.

475. ¿Es *reflejada* la luz al pasar de un medio denso á otro mas *sutil*?

Sí; pero la *direccion* de la *refraccion* es exactamente opuesta al ejemplo que acabamos de ofrecer; un rayo de luz pasando por el *agua* al *aire* no solamente no toma una *direccion* mas *perpendicular* sino que se vuelve mas *oblicuo*.



476. ¿Por qué si se pone una *varita* ó una *cuchara* dentro de una *palangana vacia* parece derecha ó *afecta* su forma usual?

Porque los rayos de luz que *refleja* pasan por el mismo medio al *aire*.

477. ¿Por qué si se echa *agua* en la *palangana* la *varita* ó la *cuchara* parece *doblada*?

Porque los rayos de luz que *atravesan* el

agua son *reflejados* en diferente grado que los que *atravesan* el *aire*.

(Colóquese en el fondo de una *palangana vacia* (Fig. 11) una *moneda* de plata y ocúpese en seguida la posicion que indica el punto *B* para que la *linea visual*, sobre el borde de la *palangana*, no deje ver la *moneda*. Hecho esto mándese á cualquiera que eche *agua* en la *palangana* hasta la *linea C* (Fig. 12) sin apartar la *vista* del mismo sitio. La *moneda* aparecera gradualmente á la *vista* y pronto se descubrirá enteramente. No solo se verá toda la *moneda*, sino las partes de la *palangana* que permanecian ocultas. Esto es debido á los rayos de luz que pasan del fondo á través del *agua* en una *direccion mas perpendicular* de lo que lo harian á través del *aire*; pero al salir del *agua*, los rayos se vuelven mas *oblicuos*, y esto hace que lleven la *imagen* de la *moneda* al *borde de la palangana*, que de otra manera la ocultaria á la *vista*.)



478. ¿En qué consiste que en los días *blados* y *lluviosos* vemos salir los rayos del sol por entre las *nubes* en diferentes *direcciones*?

En que al *atravesar* *nubes* de *densidades diferentes* los rayos son *desviados* de su *direccion*.

479. ¿Por qué nos *engaña* con mucha frecuencia la *profundidad aparente* del *agua*?

Porque la luz *reflejada* por los objetos que hay en el fondo es *refringida* cuando deja el *agua*.

480. ¿Cuánto mas profunda es el *agua* de lo que *aparenta* ser?

Una *tercera parte*. Una persona que vaya á bañarse y que no sepa nadar, debe considerar antes de echarse al *agua* que si su *profundidad* parece de *dos piés* es de *tres*.

481. ¿Por qué al querer *tocar* con un *baston* cualquier objeto que esté en el fondo del *agua*, casi nunca lo *logramos* al intentarlo por primera vez?

Porque nos lo impiden las *diferentes fuerza refringentes* del *agua* y del *aire*.

482. ¿Por qué vemos el sol antes de salir y despues de ponerse?

Por los efectos *refringentes* de la *atmósfera*. Los rayos de luz, pasando oblicuamente del sol á través del *aire* á la *tierra*, son *refringidos* tres ó cuatro veces por la *variada densidad* del medio. Cada *refraccion* tuerce los rayos hácia la *perpendicular*; y de aquí el que veamos el sol antes de salir y despues de ponerse.

483. ¿Por qué las *figuras miradas* á través del *aire caliente* que sale de un *horno* ó de una *caldera* parecen *torcidas* y *trémulas*?

Porque la *continua variacion* en la *densidad* del *aire* que sale en *corrientes calentadas*, y que es reemplazado por *aire frio*, *cambia constantemente* la *fuerza refringente* del medio á través del cual se ven las *figuras*.

484. ¿Por qué *vacilan* las *estrellas*?

Porque su luz nos llega á través de *corrientes de aire movibles* y *calentadas de una manera desigual*. En este caso la *tierra* es el *horno* y las *estrellas* el *objeto* que se ve á través del medio *refringente*.



Diagrama que muestra la *refraccion* de los rayos del sol al pasar á través de la *atmósfera*.

(Se continuará.)